

LOS CONCEPTOS DE "PASION INTELLECTUAL" Y "AVIDEZ", SEGUN G. BERGER, Y EL DE "GENERALIZACION", SEGUN R. MAISTRIAUX

ROBERT MAISTRIAUX, Profesor de
la Universidad de San Luis, Bruselas.

Traducción de José Antonio Sánchez (1)

En nuestra obra "La inteligencia y el carácter" (2) introdujimos una dicotomía fundamental entre las propiedades constitutivas: la "generalización" o inteligencia generalizadora (Ig) y la "particularización" o inteligencia particularizadora (Ip).

Por su parte, Gaston Berger ve en la inteligencia un "factor de tendencia" del carácter que él denomina "Pasión intelectual".

¿Coinciden entre sí estas dos concepciones? Y si no, ¿en qué difieren?

(1) La traducción de este artículo fue autorizada personalmente por su autor y cedida gentilmente para la "Revista de Psicología" de la Universidad Nacional.

Se trata de una sólida crítica a los conceptos de "Pasión intelectual" y "Avidez", tal como los entiende G. Berger, confrontados con aspectos cualitativos de la inteligencia que el Profesor R. Maistriaux analiza en su libro: *L'intelligence et le caractère*. París: P. U. F., 1959.

El Profesor R. Maistriaux (127, Bd. Général Jacques, Bruxelles, 5.) es vicepresidente de la Asociación Internacional de Caracterología. (Nota del traductor).

(2) MAISTRIAUX, R. *L'intelligence et le caractère*. París: P. U. F., 1959.

Recordemos, ante todo, nuestra propia tesis:

Además de los grados de intensidad que expresan su primera dimensión, la inteligencia presenta diferencias de cualidad, constitutivas de una segunda dimensión. Los efectos de ésta se extienden a toda la conducta. Los espíritus generalizadores —decíamos (3)— son aquellos cuyo movimiento natural los lleva a aplicar la sagacidad de su inteligencia a las especulaciones, las teorías y, en general, a las relaciones de las cosas entre sí, mucho más que a las cosas en sí mismas. Son "cosífugos". Fundamentalmente son introvertidos.

Entiéndase con ello que los generalizadores, en virtud del retorno reflexivo del espíritu sobre sí mismo, practican ampliamente una introspección que les permite "situarse", esto es, ubicarse respecto de las cosas gracias a la intervención de la inteligencia. Porque solo quien tiene la cabeza fuera del agua puede saber que nada en el mar.

(3) Idem, *La caracterologie*, Vol. 2, págs. 54 y siguientes. P. U. F., 1960.

Por el contrario, los espíritus particularizadores se dirigen preferentemente hacia lo útil, lo práctico y lo concreto. Son "cosípetos". Por consiguiente, se orientarán hacia la extroversión.

Sin embargo, no puede incluirseles en una misma clase sin agregar antes una distinción complementaria.

Efectivamente, si ha de definirse la particularización como extraversión y movimiento hacia las cosas, esta aproximación puede realizarse en grados más o menos íntimos y por caminos diferentes. Es de allí de donde procede una nueva e importantísima división entre "particularizadores concretos" y "particularizadores conceptuales".

Los primeros entablan el más íntimo grado imaginable de contacto con las cosas. Encuentran en ellas su equilibrio natural y el término inmediato de su vida profunda o de su actividad. En último término, los "particularizadores concretos" se complacen en la pura facticidad, la del sentimiento que constituye una cosa-emoción, o la de los objetos. En modo alguno son sujetos intelectuales.

Pero los segundos son muy diferentes. El "particularizador conceptual" se muestra mucho menos atado a las cosas, aunque sin evadirse positivamente de ellas. Maneja, incluso, de buen grado las ideas pero con la condición de que ofrezcan algún lado práctico, es decir, "concreto". Este le servirá a manera de soporte y de trampolín; siempre tendrán fijos los ojos sobre él. Su espíritu es vivo y alerta pero, fundamentalmente realista, se orienta a la acción. Muchos intelectuales se mantienen a este nivel que hemos calificado de "estadio de la inteligencia discursiva o verbo conceptual".

De intento decimos "estadio" para señalar que no es de naturaleza distinta de la inteligencia generalizadora. Pues todo pensamiento discursivo implica una manera de sobrepasar lo concreto. Un concepto expresa siempre valores, que más

que significar las cosas en sí mismas, denotan relaciones entre las cosas. Pero tal evasión puede ser un proceso más o menos amplio. La generalización es una segunda etapa, la de mayor amplitud. La primera, la de la inteligencia conceptual (Iv) no será más que un escalón intermedio para los caracteres generalizadores (Cg). De por sí este hecho les será común con los "conceptuales", con la condición de que al punto se evadan de allí hacia el lejano horizonte de relaciones cada vez más matizadas donde su espíritu se complace.

Pensamos que sería pertinente confrontar estas nociones con la manera como G. Berger concebía la "Pasión intelectual" (P. I.):

A primera vista ésta parece muy semejante a la "generalización" (Ig). Por otro lado, la noción de "Avidez" (Av), tal como la concibe Berger, parece incluir ciertos aspectos de la "particularización", sobre todo en su forma conceptual (Iv).

¿Cuál lugar conviene entonces asignarle a la particularización concreta? (If).

Tales son los problemas a los cuales trataremos de dar aquí una respuesta.

1.—La "pasión intelectual"

G. Berger la concibe como vivo deseo de saber y, sobre todo, de comprender, excluida toda preocupación de aplicación práctica e independientemente de la necesidad de afirmarse por el conocimiento. Es el puro placer de las satisfacciones intelectuales, aparte de toda preferencia personal y toda sensibilidad.

Pensamos que éste desligarse completamente de todo lo que no constituye de por sí placer del conocimiento, es una manera de participar en la noción trascendental de "belleza". Esta es, en efecto, "el placer del conocimiento desinteresado como tal".

Parece que este es el punto de vista de G. Berger quien, respecto del perso-

naje Mr. Teste —de Paul Valery— nos dice que la “pasión intelectual” no es la pasión por las teorías abstractas y las ideas sino que simplemente busca “sensaciones abstractas” (4).

G. Berger considera pues, que la característica de la “pasión intelectual” es la **actitud** del sujeto respecto de su objeto, pero no en cuanto concierne a la naturaleza de éste. En cambio, es en función de tal naturaleza, es decir, por la relación con las cosas, por lo que se define la “inteligencia generalizadora”. Esta consiste en la expresión del Yo que, en un impulso “cosífugo”, tiende a realizarse en actividades **apartadas de lo concreto** y, en su máximo grado, orientadas hacia la introsión reflexiva y conceptual (5).

La diferencia entre estos puntos de vista es considerable.

Para G. Berger la “pasión intelectual” es extraña, por naturaleza, tanto al **dinamismo** (6) de la personalidad (que él relaciona con la “avidez”) como a su **interioridad**, referida igualmente a la avidez en cuanto es “voluntad del individuo para afirmarse como dueño de una interioridad propia que constituye un centro autónomo en relación con el cual se organiza y jerarquiza todo lo demás” (7).

Para nosotros la “inteligencia generalizadora” es, por el contrario, una de las dos grandes formas de manifestarse el dinamismo mismo de la personalidad. Son estas:

a) **La forma cosífuga e intelectualmente interiorizada** (primer factor que nos

reveló el análisis factorial (8) representado como (Ig).

b) **La forma cosípeta** impresa por la “inteligencia particularizadora” (Ip), ya bajo el aspecto “Iv” (inteligencia conceptual, muy a menudo extravertida) ya bajo el aspecto “If” (inteligencia “concreta”) que encontramos particularmente en los sentimentales.

Por consiguiente, no podemos afirmar que la “pasión intelectual” corresponda estrictamente a la “inteligencia generalizadora” ni, mucho menos, que la ausencia de “pasión intelectual” pueda expresarse en forma de “inteligencia particularizadora”. En cambio, esta última variable encuentra definidas correspondencias en la “avidez” tal como lo concibe G. Berger. También nosotros la consideramos dentro de este marco.

No obstante las diferencias que hemos indicado, hay estrechas semejanzas entre la “pasión intelectual” y la “inteligencia generalizadora”. Señalamos dos aspectos:

1) Al igual que la “inteligencia generalizadora” —o mejor aun, al igual que la segunda dimensión del espíritu en toda su extensión— la “pasión intelectual” es una inclinación y no una actitud (9).

Por nuestra parte, consideramos también que la segunda dimensión de la inteligencia es esencialmente independiente de la primera, lo cual señala la tensión y medida de las aptitudes (10).

2) Tanto la “pasión intelectual” como la “inteligencia generalizadora” aparecen extrañas a toda preocupación de utilidad práctica o de aplicación. Para la

(4) Berger, G. *Traité pratique d'analyse du caractère*, París. P. U. F., pág. 104.

(5) Maistriaux, R. *L'intelligence et le caractère*, op. cit., pág. 312.

(6) La subestimación de la actividad en el cuestionario de G. Berger, si se le compara con el de Maistriaux, debe explicarse sin duda, por la separación que él hace entre inteligencia y dinamismo.

(7) Berger, G. *Ibidem*, pág. 78.

(8) Maistriaux, R. op. cit., pág. 312.

(9) Aunque puede realmente dudarse de si una inclinación, es decir, una tendencia, no revele más o menos, una aptitud correspondiente.

(10) Exepto, sin embargo, para los valores externos respecto de los cuales la “inteligencia generalizadora” aparece claramente ligada a una tensión elevada y la “inteligencia concreta” a una tensión baja.

“inteligencia generalizadora” esto proviene de la naturaleza de su contenido propio: la evasión de las cosas; mientras que para la “pasión intelectual” ello es consecuencia de la actitud a que da origen.

La expresión de estas semejanzas entre “generalización” y “pasión intelectual” la encontramos en las preguntas 39 y 99 del cuestionario de G. Berger, las cuales reproducen casi textualmente las preguntas 59 y 51 del cuestionario de Maistriaux; lo mismo que en la pregunta 9, visiblemente inspirada en la pregunta 56 de este último cuestionario.

En cambio, “generalización” y “pasión intelectual” no concuerdan en dos puntos importantes. Esta última ignora la distinción entre “inteligencias generalizadoras” y “particularizadoras conceptuales”, como puede verse por las preguntas 19, 49, 59, 79 y 89, no obstante el punto de vista claramente “cosífugo” que las inspira. Pero, sobre todo, a G. Berger su estetismo le impide ligar la pasión intelectual a la interioridad, o cualquier otra especie de compromiso. De aquí, sus preguntas 29 y 69 que reflejan la oposición pascaliana entre el “espíritu de finuras” y el de la geometría.

A juicio nuestro, ciertas formas de compromiso en manera alguna se oponen a la generalización; y la interioridad es uno de los distintivos de ésta. Así pues, consideremos a Pascal como un “generalizador”.

II — La avidez

La avidez, tan sutilmente analizada por G. Berger, nos da la mejor ocasión de señalar toda la diferencia que separa de la “pasión intelectual” la “segunda dimensión de la inteligencia”.

La palabra avidez viene del latín “avere” que significa “desear ardientemente”. Es la antítesis misma del desinterés y es ésta la perspectiva sobre la cual la concibe G. Berger.

En cierto modo él hace de ello la base

de una dicotomía fundamental. La avidez sería su primer término. Tiende a la posesión que solo es un estadio hacia la “asimilación”, fuente de la mayor extensión del Yo. Es un aspecto de la mayor voluntad posible de “ser” y de persistir en el ser (11). Sería como el motor de donde probablemente proceden todos los impulsos (12). Expresa la voluntad de afirmarse el Yo y su voluntad de poder.

El segundo término de esta dicotomía sería la “contemplación desinteresada” —que hemos calificado de estética—. Encontramos su expresión no sólo en la pasión intelectual sino incluso en la vida de las sensaciones que busca el goce sumergiéndose en la contemplación. Efectivamente, la sensación, como tal —precisa Berger —es un raptó (13). Constituye la primera separación respecto de la avidez inicial (14). Por algo el término “estético” designa a la vez, con toda propiedad, lo relativo a la pura sensación y lo concerniente a las Bellas Artes (15).

La avidez se opone también a la ternura, la cual esencialmente es participación en los sentimientos de otra persona (16) y donación de sí mismo (17). A pesar de no ser posesiva, y por ello no ávida, sin embargo, la ternura implica apego a otra persona. Por consiguiente, se aleja de la actitud narcisista a la cual conducen los intereses sensoriales cuando son exclusivos y muy dominantes (18).

Se ve en qué medida G. Berger, en su análisis de los factores de tendencia, da importancia al estetismo de que hablamos.

La avidez expresa el aspecto negativo de todo ello. A diferencia del desinterés de la pasión intelectual, ella se presen-

(11) Berger, G. Op. cit., pág. 78.

(12) Ibidem, pág. 74.

(13) Ibidem, pág. 86.

(14) Ibidem, pág. 85-86.

(15) Ibidem, pág. 87.

(16) Ibidem, pág. 97.

(17) Ibidem, pág. 93.

(18) Ibidem, pág. 89.

ta como la expresión misma de la "voluntad de afirmarse el Yo en toda la posibilidad de su ser" (19).

Este concepto de la avidez nos sugiere dos observaciones:

a) De acuerdo con la etimología de la palabra, el diccionario define la avidez como "deseo ardiente e insaciable". G. Berger, al considerarla motor de nuestra actividad la toma no como deseo sino como tendencia. Más, aún, como la tendencia fundamental de todo el dinamismo humano.

Aquí conviene recordar que, como tal, una tendencia no es otra cosa que fuerza latente, una reserva de energía que solo al manifestarse llega a ser consciente.

Tales manifestaciones pueden ser de dos clases: actos —que muestran la tendencia plenamente actualizada— o deseos que la revelan como apenas en vías de actualizarse. Pero para que este último movimiento llegue a ser consciente, es preciso que encuentre obstáculos. De lo contrario, la tendencia se actualizará automáticamente y nuestra atención se fijará menos sobre su desarrollo que sobre los actos a los cuales nos habrá llevado. De ello resultará que no necesariamente las tendencias fuertes se traducirán en fuertes deseos, ni que a deseos pocos intensos corresponderán tendencias débiles.

En último término, todo dependerá de las dificultades a que se habrá visto abocada la tendencia en el curso de su actualización. Además, nuestros deseos, de tanto rumiarlos, pueden exagerarse más de lo exigido por las necesidades a las cuales corresponden. Es la razón que explica por qué no se encuentra la felicidad en la saciedad de los deseos: ello sólo es posible en la satisfacción de necesidades cuya medida objetiva está expresada psicológicamente en nuestras tendencias.

Es pues, de gran interés saber si la avidez, factor caracterial, expresa nuestros deseos o nuestras tendencias. Es evidente que adecuadamente sólo puede corresponder a los primeros, pues éstas no son directamente conscientes. Para evaluar las tendencias sería preciso observar particularmente los actos y no contentarse con preguntar cuáles son los deseos. Desafortunadamente un cuestionario respondido por el solo sujeto no pasa de referirse a estos últimos. Es lo que ocurre con el de G. Berger, como puede verse fácilmente dándole una ojeada. Particularmente las preguntas 36, 46, 56, 66, 76, 96, ora en su enunciación, ora en los comentarios que precisan su importancia, mencionan expresamente los **deseos**.

El interés de tal precisión es muy importante en la práctica y basta para explicar una aparente paradoja que hemos verificado estadísticamente: **Es el hecho de que la avidez parece aumentar en proporción directa respecto de la pobreza de un determinado carácter.** La razón de ello es clara de aquí en adelante. Las tendencias de los sujetos que disponen de un elevado dinamismo natural (los A y los EA, por ejemplo), lo gran ejercitarse casi siempre, si no sin tropiezos, por lo menos sí sin obstáculos que no puedan ser superados al punto. Por consiguiente, estarán mucho menos expuestos a esa "exacerbación" de deseos expresada en la avidez y que se origina en toda suerte de impotencia para satisfacer una tendencia. De ahí el valor de reacción de compensación de que puede revestirse la avidez, como vamos a verlo. Dando por descontado que todos los demás factores sean iguales, es esto por lo que las naturalezas fuertes se manifiestan menos ávidas que las débiles.

b) La segunda observación que hacemos, concierne a la misma definición que se nos propone, cualquiera que sea el valor (tendencia o deseo) que se le quiera atribuir a la avidez.

Para G. Berger, se caracteriza como la expresión de la voluntad del Yo "de

(19) Berger G., op. cit., pág. 78.

realizarse como sér en la medida de lo posible'. ¿Será necesario subrayar que un concepto como éste abarca la totalidad de las tendencias —o deseos— que un sujeto puede llegar a realizar para afirmar su valor personal? G. Berger no podría sustraerse a esta consecuencia, siendo que es él quien afirma explícitamente que todos los factores de tendencia —y por consiguiente de avidez— “toman en cada hombre formas diferentes según que se combinen con tales o cuales factores, siguiendo, además, el curso de la inteligencia y las aptitudes del sujeto y, por último, el uso que hace de la libertad del Yo” (20).

Ahora bien, nos causa sorpresa constatar que a pesar de esta toma de posición tan definida y la afirmación de que por naturaleza la avidez escapa a los ocho tipos fundamentales, G. Berger pretende asignarle un contenido objetivo propio, anterior a toda ulterior especificación.

En efecto, “la voluntad de realizarse como sér en la medida de lo posible”, la limita expresamente a los solos deseos de poseer cosas, personas y conocimientos. Excluye aquí el desinterés estético, el deseo de comprender por comprender, el de sentir por sentir, y también la ternura. ¿Y no son estas, acaso, otras cuantas formas auténticas de nuestra expansión y, por consiguiente, de afirmación de sí mismo? Cada uno escogerá la que mejor le convenga según el estilo de su carácter, su enfoque de los valores o las circunstancias.

Tenemos la impresión, pues, de encontrar en G. Berger cierta contradicción entre la definición teórica que nos da de la avidez (actitud sin contenido propio, tendencia anterior a toda especificación, simple expresión de la voluntad adleriana de afirmarse el Yo) y la poca importancia que le reconoce cuando describe sus efectos. A éstos se los concibe en función de un contenido específico seña-

lado, otra vez, por la dicotomía fundamental posesión-contemplación. Algo que vale la pena de anotarse es que, de hecho, G. Berger no logra sustentar hasta el final una definición de contemplación que no se reduzca a una **actitud** de desinterés, ni sin que le agregue un contenido: las ideas. Lo mismo le ocurre aquí, respecto de la **avidez**. Habiendo considerado que su característica es la “voluntad de posesión” —que, en efecto, es una “actitud” opuesta a la precedente— pasa, en seguida, a atribuirle un contenido: el mundo exterior y las cosas.

Las dos interpolaciones corresponden, pues, estrechamente, la una a la otra. La segunda, principalmente, nos aproxima al sentido que le hemos señalado a la “particularización”, especialmente bajo su primera forma: la particularización conceptual.

G. Berger nos advierte también que la **avidez** es “esa necesidad de tratar de meter dentro de sí el mundo exterior” (21).

Más adelante (22) nos dice que “la curiosidad del ávido se aplica fundamentalmente a los hechos”. Cuando se orienta hacia las leyes, éstas se toman solo como “recetas”, es decir como medios de aumentar el “poder de que uno dispone”. En este aspecto la avidez se opone a la “Pasión intelectual”: ésta “se aparta del infinito detalle de los hechos para dirigirse hacia la razón que los explique”. Para ella, el comprender nunca es “aprehender” sino “contemplar” (23). Por estas últimas palabras se ve, sin duda, que G. Berger es fiel a su posición inicial: la “pasión intelectual” y la “avidez” se caracterizan como una actitud del sujeto: la contemplación que nosotros hemos calificado de estética— o como un apetito de posesión. Pero la frase precedente expresaba otro punto de vis-

(20) Berger, G., op. cit., pág. 76.

(21) Berger, G., op. cit., pág. 74.

(22) Ibidem, pág. 77.

(23) Ibidem, pág. 77.

ta; atribuía a la “pasión intelectual” y a la “avidez” un **contenido** propio: de una parte la razón de los hechos y, de otra, su materialidad en detalles infinitos. De nuevo constatamos aquí que la “pasión intelectual” y la “avidez” se aproximan a la “inteligencia generalizadora” y a la “particularización” en la medida en que se caracterizan esencialmente por su contenido “cosífugo” o “cosípeto”, como lo hemos anotado. Pensamos que G. Berger, al hacer esto, dio un paso que no estaba comprendido en sus premisas. Pues, al igual que la voluntad de afirmarse, el desinterés del acto de “comprender” no implica de por sí especialización alguna de su contenido. Muy bien puedo yo “contemplar” realidades concretas sin ninguna preocupación por aprehenderlas. Tal es el caso de los simples curiosos. Berger pues, debería reconocer también en ellos una viva “pasión intelectual”, lo cual, evidentemente, no parece pretender hacerlo.

¿Quiere esto decir que la avidez se confundiría con la particularización? En manera alguna.

Anotemos, desde luego, que el “generalizador” (Cg) perfectamente puede demostrar gran avidez, referida a las ideas, las relaciones entre las cosas o su pura inteligibilidad. Este movimiento aparecerá impregnado de la activa interioridad que suscita una exaltación del Yo, la cual se revelará, a la vez, en su intenso deseo de afirmarse, de decir siempre la última palabra e incluso de utilizar a las otras personas como simples instrumentos al servicio del ideal que él se propone.

En cuanto al “**particularizante concreto**” (Cp If), a menudo aumenta en él la avidez, proporcionalmente a su inactividad y emotividad.

Nuestras propias observaciones nos han mostrado que en él se señala una correlación positiva y significativa entre la emotividad y la particularización concreta, por una parte, y la avidez, por otra. En cambio, se encuentra una correlación negativa entre aquella, y la acti-

vidad, como ocurre en la particularización conceptual. En los EnA la avidez será a menudo sustituto de la actividad que falla. A semejanza de la emotividad, podrá desempeñar el papel de estímulo de la actividad. Otras veces, al contrario, la avidez suscitará reacciones de compensación bajo el aspecto de caprichos, envidia, aspereza y hasta maldad. Impedido en su expansión por las nefastas consecuencias de sus debilidades, el Cp, If, es decir, el particularizante concreto no activo encontrará en esta clase de sentimientos una compensación de sus fracasos. Además, cuando es ávido, lo encontraremos como “el menos desprendido” de los hombres, “el más extraño a las solicitudes del ideal”, “el más apurado en espera de los resultados de una competición”, “el más reivindicador” de sus derechos, “el más ambicioso” y “el menos inclinado a prestar las cosas que le pertenecen”.

En modo alguno esto impedirá al “particularizante concreto” —cuya tonicidad general es de las más débiles— hacer lo máximo por “contentarse con lo que uno tiene” y “mostrarse satisfecho con su suerte”.

Bien se ve que la avidez es aquí un mecanismo de compensación del Yo deseoso de afirmarse de alguna manera.

En cuanto a los “**particularizantes conceptuales**” (Cp Iv), quienes son muy activos a menudo, su actividad se revelará exactamente de manera opuesta: harán lo máximo por “no contentarse con lo que son”, “mostrarse ambiciosos de triunfar” e “insatisfechos con su suerte”. Su natural dinamismo les permite afrontar directamente, sin esquivarlos, los problemas que plantea la expansión del YO. De ello dan testimonio las formas de su actividad.

Como conclusión podemos afirmar lo siguiente: según las definiciones teóricas de G. Berger, la “pasión intelectual” y la “avidez” son los polos de dos actitudes” contradictorias; por una parte, la contemplación y, por otra, la voluntad

de tomar y asimilar. Serían impulsos fundamentales. De hecho él los diferencia, sin embargo, de otra manera al asignarles un contenido propio: para la primera, la razón de los hechos; para la segunda, los detalles de los hechos y de las cosas, con la voluntad de ubicar en sí el mundo exterior.

Por lo tanto, la pasión intelectual se aproxima a la generalización en el sentido de que aquellos en quienes se pone de manifiesto una viva pasión intelectual serán, al mismo tiempo, generalizadores. Sin embargo, lo contrario no sería verificable, al no dejar G. Berger de definir la pasión intelectual como contemplación. No todos los generalizadores muestran pues, una elevada pasión intelectual.

En cuanto a la avidez, que en manera alguna es sinónimo de particularización, Berger describió sus rasgos en función de su aporte en tal o cual carácter. De esta manera, nos permitió observar, ante todo, que los efectos de la avidez concuerdan con los de la particularización conceptual (Iv) y luego, que las consecuencias de la falta de avidez (nAv) —especialmente cuando se unen a los factores nAE— ofrecen mucha semejanza con las conductas que hemos observado como derivadas de la particularización concreta (If).

Por nuestra parte juzgamos que conviene definir la avidez como **“el deseo de ser en la medida de lo posible”**. Pero conviene agregar, enseguida, que mi ser no es el de mi vecino. Por consiguiente

“yo” me realizaré de manera diferente de la suya. Mi carácter, mi enfoque de valores, las circunstancias en que me hallo comprometido, me trazarán para ello el programa. Este no podría excluir a priori ninguna “manera de ser”. Es precisamente en este punto donde nos separamos de G. Berger, quien asigna a la avidez, como contenido propio, el querer **“meter dentro de sí el mundo exterior”**, el **“hambre” de poseer, la acción**. Estas maneras de ser son ya el fruto de un aporte caracterial. Además, **no son las únicas que deben tomarse en consideración**. Uno puede estar ávido de aumentar su Yo de manera narcisista, de valorizarlo por la oblación o la pura contemplación, la búsqueda del placer de sentir por sentir o de comprender por comprender (y estos no son juegos de malabarismo intelectual). No nos parece justificable una oposición irreductible entre la **“avidez”** y la **“pasión intelectual”**. En todo caso, no la hay entre ésta y la generalización. Las formas de que concretamente se revestirá la avidez de un carácter, dependerán, en gran manera, de los aspectos de la inteligencia. Sobra decir que tras haber sostenido la dicotomía **“avidez”-contemplación**, que encierra esta otra: **avidez-pasión intelectual**, G. Berger no podía dedicarse a estudiar las consecuencias del aporte de la avidez a las diversas formas que reviste la actividad intelectual. Nos parece que de esta suerte él se privó de un clarísimo principio para explicar diversas modalidades de que se reviste ordinariamente la avidez.